


El Zorro y la Perdiz



Asociación Civil PACHA HUÑUY
Centro Guaman Poma de Ayala


J. Poma
Ayala



El Zorro y la Perdiz

BIBLIOTECA
ORTEGA-HABOUD

HERNANDO GIL
MABEL H. GIL




El Zorro y la Perdiz

ASOCIACIÓN CIVIL PACHA HUÑUY



CENTRO GUAMAN POMA DE AYALA



**Esta publicación corresponde al número 5 de
la serie de publicaciones de la Asociación Civil
Pacha Huñuy**

© Asociación Civil Pacha Huñuy

Grabación y transcripción:
Nonato Rufino Chuquimamani Valer

Traducción al castellano:
Carmen Gladis Alosilla Morales
María Elizabeth Naupari Hurtado

Ilustraciones:
Jaime Araoz Chacón

© De esta edición
Centro Guaman Poma de Ayala

Unidad de Capacitación
Coordinadora
Victoria Casós

Corrección de estilo:
Jorge Vargas Prado
Luis Nieto Degregori

Impresión:
Servicios Gráficos JMD

Cusco, mayo del 2010

Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional Nro. 2010-06916

Tiraje: 2000 ejemplares

Dicen que hace muchísimo tiempo en un lugar muy lejano vivía un Zorro que compartía las pampas y los cerros con la Perdiz. El Cóndor también los visitaba de vez en cuando.

¿? El Zorro, cuentan, hacía días que no encontraba nada para comer. Por eso corría entre las pajas bostezando y bostezando.

De pronto, el Zorro escuchó cantar a la Perdiz.

—¿De dónde canta esa “come tréboles”? Seguro que ella está con la barriga llena. ¿Acaso a ella la persiguen como a mí? —pensaba este Zorro hambriento.

CHUT
CHUT



El Zorro escuchaba el canto de la Perdiz sentado sobre su cola. Otras perdices cantaban también desde distintos lugares, produciendo una sinfonía agradable.

El Zorro no aguantó más y decidió ir en busca de la Perdiz. Ellas viven ocultas entre los pajonales y es muy difícil hallarlas. Sin embargo, el Zorro, arreglándoselas, la encontró.



—¡Hola, hermana! ¿Cómo estás? Tanto que te busqué. ¡Tu canto es muy bonito! ¡Cuánto me gustaría cantar como tú! —se acercó poco a poco a la Perdiz que estaba acurrucadita, un poco asustada.

Seguramente, la intención de este astuto Zorro no era cantar como la Perdiz sino comérsela; por eso se había acercado tanto. El Zorro pensaba: "Si aprendo el idioma de las perdices podré decir chut, chut, chut como ellas, las llamaré cada vez que tenga hambre y luego me las comeré". Mientras tanto, la Perdiz, a pesar de ser tan pequeña, hacía gala de su inteligencia pues, conociendo las costumbres del zorro, adivinaba sus intenciones.



—Señor Zorro, es que yo tengo la boca chiquita, por eso puedo cantar lindo; en cambio, el hocico de usted es grande y así no se puede cantar como yo —dijo siempre humilde la Perdiz.

—¿Y cómo es que cantas? Tu voz es muy hermosa, me gustaría cantar como tú. ¿No podrías enseñarme? —insistió el Zorro.

La Perdiz comenzó entonces a pensar cómo podría hacer para zafarse de ese lío.



—Señor, yo podría enseñarle, pero ahora tengo que atender una cita y luego tengo muchas otras cositas que hacer. De todos modos, le repito que su boca es muy grande y por eso no podrá cantar como yo. ¿Qué tal si se la cose para hacerla más pequeña?— le dijo la Perdiz al Zorro.

El Zorro, terco en sus decisiones, insistió:

—Si se trata de achicar mi hocico, ¡cósemelo pues tú! Después te devolveré el favor de la manera que quieras —le suplicó el Zorro.

La Perdiz fue perdiendo el miedo al escuchar el ruego del Zorro, aunque desconfiaba todavía. Empezó a arrancar la paja dura que estaba cerca, la mordió para ablandarla y, jalándole los labios al Zorro, intentó hacerles hueco. La paja, sin embargo, no pudo atravesarlos.



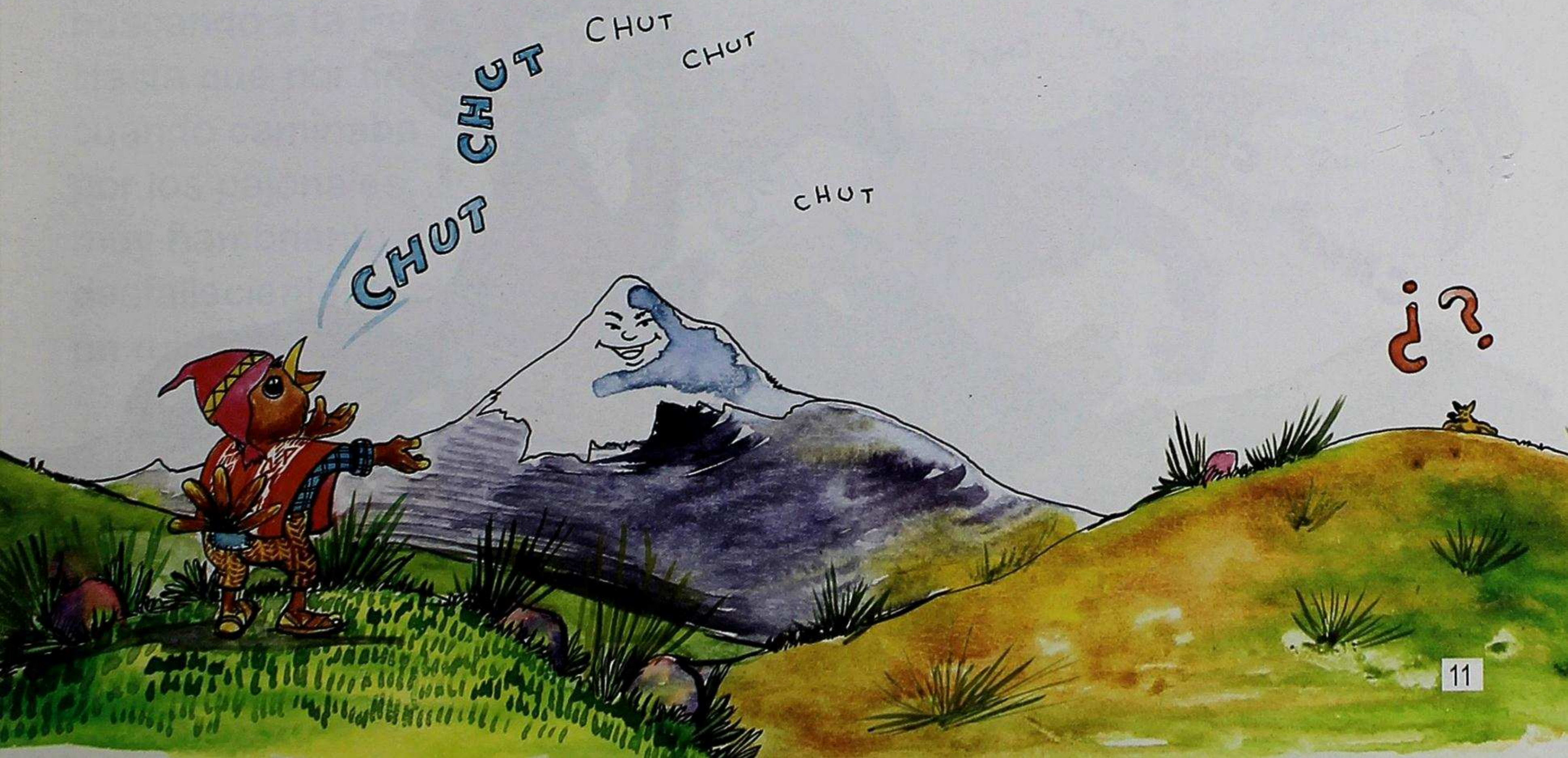
Entonces, se arrancó la pluma más gruesa que tenía y con ella logró hacerle huecos a los labios del Zorro. Así cosió, cosió y cosió hasta casi cerrarle la boca, dejando sólo un pequeño agujero en la punta del hocico. Cuando terminó, le dijo:

—¡Señor Zorro, ahora podrá cantar más bonito que yo! Cantaremos los dos, pero no podemos estar juntos. Yo cantaré en la ladera de este cerro y usted cantará en la ladera del cerro del frente. Yo empezaré a cantar, después cantará usted, luego yo, luego usted, luego yo, luego usted. Así nuestro canto se escuchará mucho más lindo —dijo la Perdiz enviando al Zorro a la ladera del cerro del frente. A su vez, ella voló más arriba del cerro donde se encontraban.



Dicen que la Perdiz, en cuanto pisó tierra, empezó a cantar de acuerdo a su promesa. "Chut, chut, chut, chut, chut, chut, chut", cantaba la Perdiz y luego de un descanso volvía a cantar: "Chut, chut, chut, chut, chut, chut, chut, chut". Y después se puso a comer hojas tiernas de trébol, como es su costumbre.

Mientras tanto, el Zorro, esforzándose muchísimo, subió corriendo a la ladera del cerro del frente. Muy cansado se sentó y ahí quiso cantar como la Perdiz.



Como era de suponer, el Zorro no conseguía cantar. Lo intentó de muchas maneras, parado en dos patas, recostado, pero no lo logró. Seguramente le dolía el hocico cosido y tenía mucha hambre. De tanto probar y probar, el Zorro se quedó dormido un momento, pero sólo para despertar con más hambre. En el lugar había gusanos, pero con el hocico cosido no podía comer. Entonces, acordándose de la causante de sus desgracias, fue en búsqueda de la Perdiz.



—¡Me las va a pagar y bien caro! ¿Qué estará pensando, salirse con las suyas? ¡Tanto daño me ha hecho! Apenas la vea, me la comeré —decía el Zorro, entre dientes, mientras buscaba a la Perdiz.

Cuentan que la Perdiz no se dejaba encontrar pues andaba con mucho cuidado. Como dice el refrán: "Quien tiene enemigos, no duerme". Pasaron varios días sin que el Zorro pudiera comer, pero continuaba buscando a la Perdiz. Hasta que por fin, cuando caminaba por los pajonales, muy hambriento y desfalleciente, escuchó un ruido:



—Churrrrr rrr rrr, churrrrrrrrrr, rrr rrr —salió la Perdiz volando alto de entre las pajas.

El Zorro se asustó mucho y en su desesperación retrocedió unos pasos, gritando: “¡Huac, huac!”

Seguramente el Zorro andaba desprevenido pensando sólo en su venganza. Por eso se llevó un gran susto y al gritar fuerte “huac, huac”, se le rompieron las costuras del hocico e incluso se le rasgó la boca hasta las orejas. Cuando se recuperó del susto, aún lleno de dolor, dijo muy enojado:



—¿Todo lo que me ha ocasionado esta malvada! ¿Qué se creerá?
¿Cuando la encuentre me la comeré sin piedad!

Así decía para sus adentros el Zorro mientras reiniciaba su búsqueda. Dicen que con ese nuevo dolor en la boca no podía comer nada. Sin embargo, pensando en la venganza, no renunciaba a la búsqueda de la Perdiz come tréboles.

Mientras tanto, la Perdiz andaba con mucho cuidado, tratando de no ser sorprendida por el Zorro. "¿Cómo podré liberarme de ese 'nariz de chuño'?", pensaba en su cabecita la Perdiz. "Ni con la boca cosida había muerto, ahora seguramente me está buscando para comerme", miraba preocupada a todo lado antes de dar un paso.



Pensando en protegerse y escarmentar al Zorro, dicen que la Perdiz molió ají amarillo, incluyendo las chiras o semillitas. A esto le aumentó pimienta arrugada y un poco de sal. Este polvo, que guardó en un platito, lo llevaba consigo siempre.

—Cuando aparezca ese narigón, le haré secar los ojos y lo atoraré con este ají molido —pensaba la Perdiz mientras esperaba al Zorro.

Tal como lo había imaginado la pequeña Perdiz, el Zorro la encontró acurrucadita en un pajonal. Bastante alegre y con aires de triunfador éste le dijo:



—¡Oye, "traga gusanos"! ¿Qué pensando me engañaste? ¿Qué pensando me cosiste el hocico? ¿Por qué me asustaste en el camino? ¿Por qué hiciste que me rompa la boca? Por tu culpa tengo hambre. ¡Ahora sí te voy a comer!

La Perdiz, concentrada en sus propios planes, escuchaba al Zorro en silencio. Permaneciendo inmóvil debajo de la paja, respondió en tono suplicante:

—Señor Zorro, ¿qué ya podemos hacer? Me comerá nomás pues. Si por mi culpa ha padecido tanto, no queda más remedio que me coma. Pero... mejor cómame aderezada. No vaya a ser que después diga que mi carne es desabrida. No vaya a ser que su estómago no esté luego lleno ni satisfecho.

Así dijo la Perdiz al momento que sacaba su plato de ají molido. El Zorro, al escuchar esto, se le aproximó relamiéndose los labios y preguntó:

—Y, ¿con qué aderezos crees que debo comerte? ¿De dónde vamos a conseguir esos aderezos?



Mientras tanto, la Perdiz ya se aderezaba echándose bastante polvo de ají sobre todo su cuerpo. Luego se agazapó extendiendo un poco las alas delante del Zorro, invitándole a que disfrute su carne:

—Entonces, señor Zorro, sírvase mi exquisita carne y buen provecho.

El Zorro, entusiasmado por tanto preparativo y relamiéndose una y otra vez los labios, se aproximó pensando sólo en morder a su presa.



—¡Chhurrrrr, rrr! —inesperadamente la Perdiz levantó el vuelo sacudiendo más de lo necesario las alas. Y conforme lo había planeado, gran cantidad de ají molido le entró al Zorro en los ojos, casi hasta secarlos, lo mismo en su boca y nariz. La Perdiz luego se alejó lo más que pudo.

El Zorro porfiado sólo pudo gritar: “¡huac, huac!”. No podía abrir los ojos porque le ardían demasiado y la nariz le picaba tanto que no dejaba de estornudar: “atchis, atchis”. Si hasta casi se asfixia el Zorro.

Desesperado, se frotaba los ojos con el dorso de sus manos y al comprobar que no los podía abrir, le pidió a sus nalgas:



—¡Nalgas, miren! ¡Nalgas, miren! ¡Nalgas, miren! ¿Hacia dónde está volando ese excremento del diablo?

Dicen que el Zorro, con las nalgas arriba y la cola levantada, frotaba sus ojos lagrimeantes. Mientras tanto la Perdiz —“Churrrr, churrrr, churrrr”— voló muy lejos, hasta el cerro del frente.

Luego de lagrimear bastante, el Zorro logró calmar el ardor de sus ojos y poco a poco le fue pasando también la picazón en su nariz.

Cuando consiguió tranquilizarse un poco, recordó furioso a la Perdiz: “¿Y ahora qué debo hacer? ¿Así nomás permitiré que esa Perdiz hija del diablo me gane?”. Y en seguida pidió cuentas a sus nalgas:



—¡Oigan, nalgas! ¿Hacia dónde se fue esa "traga gusanos" de la Perdiz? ¿La vieron o no? —preguntó amenazante el Zorro. Obviamente las nalgas no le oyeron y sólo se escuchó por respuesta un "tirrr". Entonces, el Zorro nuevamente preguntó:

—¡Oigan, nalgas!, ¿vieron? ¿Vieron adónde se fue esa maldita Perdiz?

Las nalgas tampoco le escucharon esta vez y el Zorro, al no recibir respuesta alguna, se enojó más y envalentonándose las amenazó:

—¿Por dónde se fue ese excremento del diablo? ¿La vieron? Si no me escuchan, en este mismo instante las golpearé contra las espinas o las pincharé con agujas. ¿Hacia dónde se fue la Perdiz? —preguntó nuevamente a sus nalgas.

Como las nalgas no tienen ojos, no pudieron ver; como tampoco tienen oídos, no escuchaban las preguntas del Zorro.



—¡Oigan, par de sordas! ¿No me van a escuchar? Si no me responden, ¡ya verán lo que les voy a hacer! —amenazaba el Zorro, pero las nalgas seguían sin contestar.

Desesperado, el Zorro miró hacia arriba y hacia abajo. Divisó una planta con espinas enormes, corrió hacia ella y golpeó una y otra vez sus nalgas contra las púas. Así las nalgas del Zorro se llenaron de espinas.

Era tan grande el dolor que éste sentía, que no podía ni dar un paso. Daba pena verlo caminando con tanta dificultad. Dicen que estuvo sufriendo día tras día. No podía correr, no podía cazar ni siquiera una lagartija para

calmar un poco su hambre y, para colmo, las espinas en sus nalgas le habían provocado llagas con

pus. En estas tristes circunstancias lo encontró el Cóndor y le dijo:



—¡Hermano del alma! ¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué caminas de esa manera? ¿Acaso el “come caca” del perro te mordió?

—¡Si supieras, hermano! No me ha mordido el “come caca” del perro. Es por causa de la malvada de la Perdiz que estoy en esta desgracia. Ella es la culpable de estos mis males —le comentó el Zorro astuto a su amigo el Cóndor—. Y tú, compadre, ¿no podrías sacarme las espinas de mis nalgas? Si logro sobrevivir a esta desgracia, yo te pagaré con crías tiernas de alpaca para que aplaques tu hambre —así propuso el Zorro, siempre astuto, a su compadre el Cóndor.

Seguramente el Cóndor tenía mucha hambre y estaba por esos lugares en busca de comida.

—¡Qué pena, compadre! Pero... cada espina de tus nalgas ya está con pus y si te las saco, seguro te va a doler muchísimo y vas a gritar. ¡Qué pena! Creo que no vas a sobrevivir —le advirtió el Cóndor luego de examinarle las nalgas.



El Zorro no se rindió y nuevamente le suplicó al Cóndor:

—¡Hermano Cóndor, no seas así! Ten compasión de mí. Imagínate que tu hijo varón se encuentra en una desgracia parecida. Te prometo que no voy a gritar; aunque me duela muchísimo, no voy a gritar. Lo único que espero es no morirme. ¡Por favor, sácame las espinas de mis nalgas! Mira que ni siquiera puedo sentarme, ten pena de mí —dicen que la voz del Zorro daba mucha lástima.



—Mira, amigo, yo tengo muchas cosas que hacer hoy, no creo que me alcance el tiempo. Pero, si tanto insistes, te sacaré las espinas de tus nalgas. Nada más no vayas a gritar. ¡Recuéstate pues! —dijo el Cóndor, pensando con el estómago vacío. El Zorro tonto se recostó y el Cóndor comenzó a sacarle las espinas.

Dicen que el Cóndor comenzó a extraerle las espinas, pero cada vez que lo hacía se comía también un pedazo de carne. El Zorro, pensando todavía en sobrevivir, soportaba pacientemente el dolor. Así, el Cóndor fue comiendo pedazos de carne de las nalgas del Zorro y éste, al sentir ya demasiado dolor, gritaba: "¡Ay! ¡Ayayáy!"



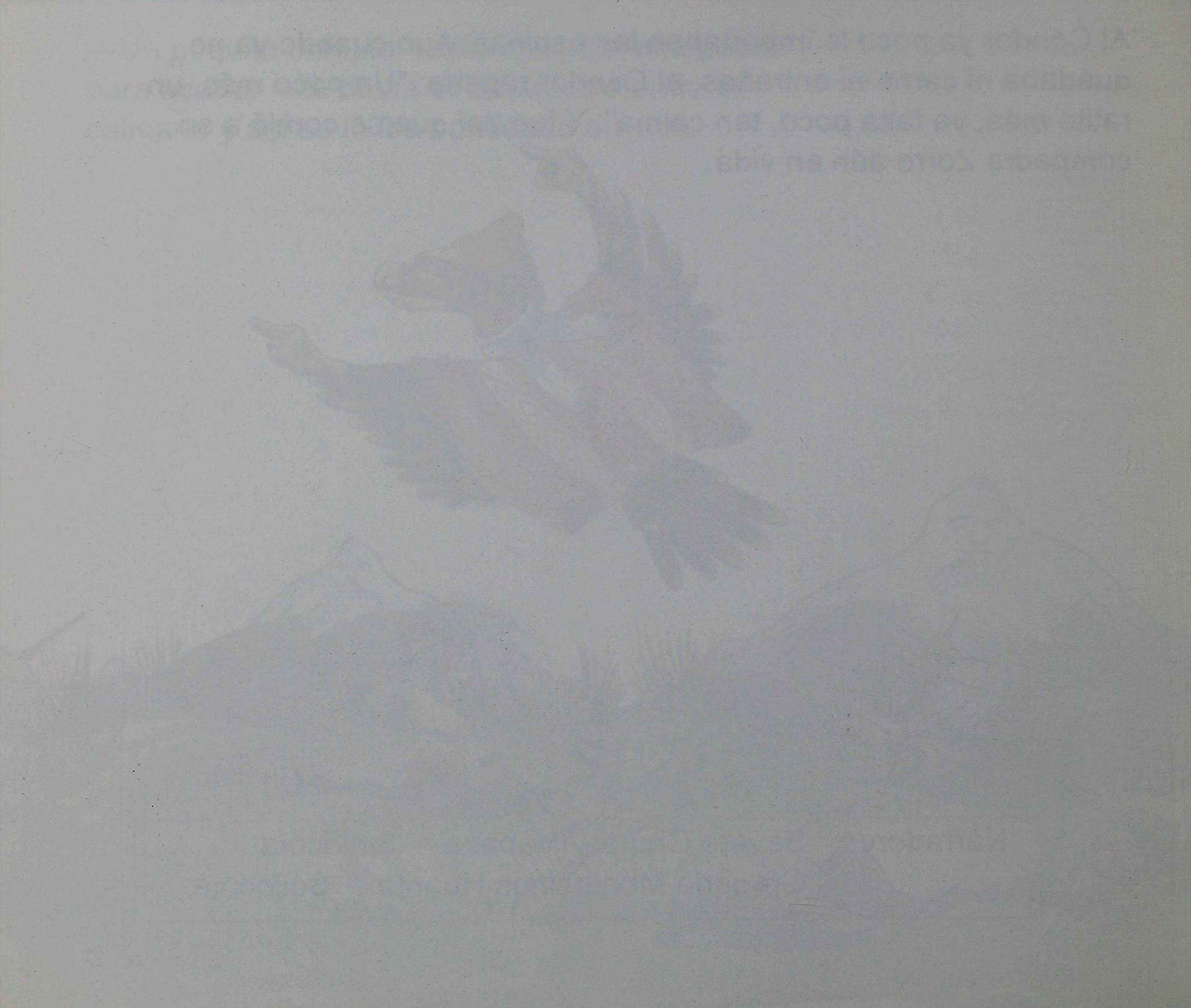
—Un poquito más, un ratito más. Ya falta poco para acabar —le decía el Cóndor tratando de calmarlo y así se lo iba comiendo en vida.



Al Cóndor ya poco le importaban las espinas. Aun cuando ya no quedaba ni carne ni entrañas, el Cóndor repetía: "Un poco más, un ratito más, ya falta poco, ten calma". Y fue así que se comió a su compadre Zorro aún en vida.



Narradores: Severo Chura Vilcapaza – Sollocota
Gregorio Montesinos Huanta – Sollocota





Agència Catalana
de Cooperació
al Desenvolupament



EDUCACIÓN
SIN FRONTERAS

